

495-496 OPUSCULO VIGÉSIMO QUINTO. SOBRE LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO.

ARGUMENTO.

Este texto se centra en mostrar cuál es la dignidad del sacerdote, cuál es su oficio, cuánta inocencia debe tener quien sostiene un cargo tan sublime, y cuán necesario es evitar no solo el crimen, sino incluso la sospecha de crimen. Al principio, lo que había olvidado mencionar, agradece al mismo por haberle enviado muchos regalos.

Al Señor A., venerable arzobispo, PEDRO, monje pecador, afecto de plena devoción.

Así como el patriarca Jacob dice a su hijo José: «Las bendiciones de tu padre han sido fortalecidas con las bendiciones de sus padres (Gén. XLIX);» yo puedo decir con propiedad: porque las bendiciones de mi padre, no de los padres, sino del mismo padre mío, han sido fortalecidas con bendiciones. Tantas fueron las bendiciones que vuestra liberalidad me envió, que una recomendó a la otra, y las siguientes, como dice la Escritura, fortalecieron a las que las precedieron. Ahora bien, si David mereció acciones de gracias cuando enviaba dones a los ancianos de Judá de los despojos que había tomado de los amalecitas, diciendo: «Recibid la bendición del botín de los enemigos del Señor (I Sam. XXX):» ¡cuánto más debo yo dar gracias, que he recibido bendiciones no manchadas por las manos de los enemigos del Señor, sino santificadas y tomadas del santuario del Señor! Pero para que el discurso se dirija del motivo de los dones corporales al sacramento de las bendiciones espirituales, cuando el apóstol establece en gran felicidad lo que dice: «En esto habéis sido llamados para que poseáis la bendición como herencia (I Ped. III);» ¡cuánta dignidad se os ha otorgado a vosotros, es decir, a los sumos sacerdotes de la Iglesia, para que no solo poseáis la bendición que se os ha dado, sino que también podáis transmitirla a otros! Y no cualquier bendición, sino incluso episcopal, por la cual, ciertamente, es de vuestro derecho ordenar a un pontífice; y aunque no es poco el terror y el temor de ser sacerdote de un orden inferior, ciertamente también a él se le ordena por ley que lleve la iniquidad del pueblo (Num. XVIII); ¡cuán temible es y con entrañas temblorosas debe temerse, sobresalir ahora en dignidad eclesiástica, a quienes igualmente es necesario, y antes que todos, responder en el examen del temible juez! Por lo tanto, debe considerarse cuidadosamente que a quien la sublimidad del sumo sacerdocio eleva para obtener las insignias del pináculo eclesiástico, también la altura de una vida laudable y ardua lo eleve; y así como por el sublime pináculo de la dignidad recibida sobresale entre los demás, así su vida sobresaliente y el esplendor de sus costumbres espirituales lo adornen. Por eso se dice a través de Moisés: «El pontífice, es decir, el sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza se ha derramado el aceite de la unción, y cuyas manos han sido consagradas en el sacerdocio, y está vestido con vestiduras sagradas, no descubrirá su cabeza, no rasgará sus vestiduras, y no entrará en absoluto a ningún muerto: ni siquiera por su padre o su madre se contaminará, ni saldrá de los santos, para que no profane el santuario del Señor, porque el aceite de la santa unción de su Dios está sobre él (Lev. XXI).» Porque la cabeza del sacerdote es ungida con aceite cuando su mente es alimentada con la unción del Espíritu Santo. Sus manos también son consagradas con el mismo aceite cuando el estudio de la buena voluntad, que el sacerdote lleva en su mente, se muestra visiblemente en la obra.

[SOBRE LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Qué significa que el sacerdote salga de los santos.

Es claramente propio del sacerdote santo pensar en lo que es santo; y lo que ha concebido en su mente, también expresarlo claramente en sus obras: de lo contrario, ¿de qué sirve pensar en algo bueno, si no se esfuerza diligentemente en llevarlo a cabo en la acción?

Por lo tanto, el sacerdote debe esforzarse para que su cabeza esté consagrada por la mirada de la voluntad piadosa, y sus manos estén ungidas con el carisma del aceite espiritual por la clara indicación de la santa operación. También se dice que está vestido con vestiduras sagradas, porque es digno que el sacerdote esté siempre adornado con las vestiduras de la piedad y la justicia, como está escrito: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI).» Se le ordena que no descubra su cabeza, es decir, que no expanda su corazón a los deseos de este mundo, sino que lo mantenga siempre oculto en la intención de alcanzar el reino celestial. También se le ordena que no rasgue sus vestiduras, es decir, que siempre camine cubierto con la vestidura de la honestidad y la conversación piadosa; no sea que, Dios no lo quiera, la rompa con la interpretación de cualquier obra perversa. Además, se le prohíbe entrar a un muerto; ciertamente, para que se esfuerce por retirar cautelosamente su pie de los males por los cuales el alma muere, y se guarde de las obras muertas con vigilancia solícita. De las cuales dice el Apóstol: «Cristo nos ha librado de las obras muertas para servir al Dios viviente (Heb. IX).» También se añade que no se contamine por su padre y su madre, es decir, que no se contamine ni con los negocios del mundo ni con el deseo de esta vida mortal. Por eso se añade bien: no saldrá de los santos, para que no profane mi santuario. Porque el sacerdote sale de los santos cuando, descuidando el cuidado de las almas, vaga por los deseos terrenales. Sale de los santos cuando, dejando de lado la disciplina eclesiástica, se implica desmedidamente en los negocios de causas pasajeras. Donde inmediatamente se añade adecuadamente: «Para que no profane mi santuario.» Porque el santuario se profana cuando cualquier sacerdote, disperso por deseos terrenales y disuelto en causas seculares, no teme asistir audazmente a los altares sagrados; cuando, en efecto, sucede lo que se dice por el profeta: «Y será como el pueblo, así el sacerdote (Isa. XXIV).» Por lo tanto, para que la Iglesia de Cristo pueda florecer en su pureza y no se manche con el contagio obscuro de los malos ministros, allí se añade adecuadamente: «Tomará por esposa a una virgen, no a una viuda, ni repudiada, ni sucia, ni prostituta, sino a una doncella de su pueblo, para que no mezcle la descendencia de su linaje con el vulgo de su gente; porque yo soy el Señor, que lo santifico (Lev. XXI).» La esposa del sacerdote se entiende no inconvenientemente como su vida y conversación; que, ciertamente, se ordena que sea virgen, donde se guarda inmune e incorrupta de la obsoleta lujuria del espíritu inmundo, que es violador de las almas. No sea viuda, sino que esté unida con feliz alianza al esposo celestial. También se le prohíbe ser repudiada, sucia o incluso prostituta, no sea que, si se contamina con la lujuria impura y la contaminación de los vicios de los lujuriosos, se separe del mismo esposo de las almas por un divorcio fatal. A esta esposa sucia el Apóstol le dio carta de repudio cuando decía: «Lo que para mí era ganancia, lo he considerado como pérdida por Cristo, por quien todo lo he perdido, y lo considero como estiércol (Filip. III).» Como si dijera: Abandono a esa esposa sucia y prostituta, a la que estaba unido en el judaísmo, por divorcio, y la rechazo como estiércol mediante la intervención de la carta de repudio. De la esposa de tal sacerdote no se procrean hijos que ofrezcan sacrificio a Dios, sino más bien que incurran en la severidad y venganza de la retribución divina. De ahí que cuando a Oseas el profeta se le dice con voz divina: «Ve, toma para ti una esposa de fornicaciones, porque fornicará la tierra apartándose del Señor.» Él, como testifica la Escritura, «fue y tomó a Gomer, hija de Diblaim; y concibió y dio a luz un hijo. Y el Señor dijo a Oseas: Llama su nombre Jezreel (Oseas I).» Que este nombre, aunque parece significar prosperidad en cuanto se interpreta como semilla de Dios; aquí, sin embargo, significa la venganza de Dios y la ira, cuando inmediatamente se añade: «Porque aún un poco, y visitaré la sangre de Jezreel sobre la casa de Jehú, y haré cesar el

reino de la casa de Israel, y en aquel día quebraré el arco de Israel en el valle de Jezreel (Ibid).» Que aquí por Jezreel no se signifique salvación o prosperidad, sino más bien la ira de Dios, también se insinúa en esto, cuando inmediatamente se añade: «Concibió de nuevo y dio a luz una hija, y el Señor dijo: Llama su nombre: Sin misericordia, porque no añadiré más a tener misericordia de la casa de Israel, sino que los olvidaré. Y cuando dio a luz al tercero, dijo: Llama su nombre: No mi pueblo; porque vosotros no sois mi pueblo; y yo no seré vuestro Dios.» En estos nombres de los hijos de la mujer fornicaria aprendemos claramente que cualquiera que se une como esposo a una vida impura, y se deleita en sus abrazos malamente seductores, no puede engendrar de ella hijos que agraden a Dios; porque tampoco puede de una raíz amarga producirse un fruto dulce: «No puede el árbol malo dar frutos buenos (Mat. VI).» Por lo tanto, el sacerdote debe evitar tomar una esposa sucia o prostituta, sino que siempre debe mostrar la honestidad de una conversación casta y pudica. De la cual ciertamente no puede engendrar hijos espurios, sino legítimos, mientras se esfuerza por germinar frutos nobles de buenas obras, con la gracia divina concediéndolo. Es necesario, por lo tanto, que el sacerdote tome una esposa sacerdotal, de la cual pueda procrear una descendencia que responda a su linaje paterno. Por eso se añade adecuadamente: «No mezcle la descendencia de su linaje con el vulgo de su gente (Lev. XXI).» Porque el sacerdote asocia la descendencia de su linaje con el vulgo de su gente cuando vive vulgarmente y no se diferencia del pueblo por el mérito de una vida más clara: cuando, en definitiva, camina por el camino ancho y espacioso de la conversación mundana, y no se separa de las turbas vulgares por la honestidad de sus costumbres espirituales. Para que el sacerdote procrea una descendencia digna de su linaje, él mismo tampoco debe apartarse de las huellas de sus padres, es decir, de los santos sacerdotes que lo precedieron: no sea que, si degenera ignominiosamente de su ilustre linaje viviendo indignamente, pierda el derecho del oficio sacerdotal, que ciertamente ejercía indignamente.

CAPÍTULO II. Que la nobleza de los sacerdotes es la vida santa.

De ahí que en el libro de Esdras, cuando se ha mencionado de los hijos de los sacerdotes los hijos de Hobías, los hijos de Accos, los hijos de Barzilai, que tomó por esposa a una de las hijas de Barzilai Galaadita, y se llamó su nombre, inmediatamente se añade: «Estos buscaron su registro genealógico, y no lo encontraron, y fueron excluidos del sacerdocio (I Esdr. II).» Claramente, quienes no encuentran el registro genealógico de su linaje, son excluidos del sacerdocio; porque quienes consideran que han degenerado de la noble estirpe de sus padres precedentes por la ignominia de una vida secular, es digno, en efecto, que el vigor de la censura canónica los expulse del sacerdocio. Por lo tanto, es necesario que el sacerdote de la Iglesia sea noble, para que quien es ministro del Señor, se avergüence de ser esclavo del pecado. A esta nobleza nos elevó aquel de quien el Apóstol dice: «Quien nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, y la servidumbre del pecado fue limpiada de nosotros por su sangre (Col. I);» de quien se dice por Juan: «Quien nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc. I).» Para que el sacerdote pueda poseer esta pureza en sí mismo más que los demás, debe esforzarse por expresar claramente en sí mismo la marca de la sangre de Cristo; como dice el Apóstol: «Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús (Gal. VI).» Por eso también se ordenó en la ley que con la sangre del carnero inmolado se tocara el extremo de la oreja derecha del sumo sacerdote, así como la mano derecha y el pie (Lev. II). Para que el discurso se libere rápidamente, el sacerdote lleva la sangre del carnero inmolado en su oreja cuando le deleita escuchar con avidez el misterio de la pasión de Cristo. También se unta con la misma sangre su mano derecha cuando lo que el oyente estudioso entiende, lo lleva a cabo eficazmente: también su pie derecho es marcado con la misma sangre cuando la vida del sacerdote se protege contra las tentaciones del diablo

con el recuerdo de la pasión de Cristo; para que, como ha recibido el poder, camine sobre serpientes y escorpiones: sin embargo, no tema las mordeduras de ellos ni los venenos de su furia impotente; o ciertamente, porque el pie es el término del cuerpo, ¿qué se designa por esto, sino el fin de la buena obra? Ciertamente, para que todo bien que comenzamos, lo llevemos perseverantemente hasta un final feliz. De ahí que la voz divina diga al pueblo israelita: «Si escuchas, dice, la voz del Señor tu Dios, para que hagas y guardes sus mandamientos, el Señor tu Dios te hará superior a todas las naciones (Deut. XX).» En estas palabras se expresa claramente lo que se figura en los miembros: «Si escuchas, dice, la voz del Señor tu Dios,» he aquí que la sangre del carnero inmolado brilla en la oreja del sacerdote. Lo que sigue, «para que hagas,» he aquí la mano del que obra. Pero lo que se añade al final, «y guardes sus mandamientos,» he aquí la perseverancia de la buena obra. Porque de nada sirve a nadie comenzar una buena obra, si no se esfuerza también en guardarla hasta que la complete.

Y es de notar que solo se ordena que la oreja derecha, la mano y el pie del sacerdote sean ungidos con esa sangre; para que, ciertamente, siempre mantenga en todo la rectitud de la conversación derecha y de la fe, de modo que, al desviarse de la vía con sus pasos, no incurra en los desvíos de la izquierda. O ciertamente, para que siempre mantenga el sacramento de la pasión del Señor como derecho, de modo que desprecie como izquierda y vil todas las seducciones de este mundo. En verdad, porque el sacerdote es líder y abanderado del ejército del Señor, se le ordena adornarse con estos títulos de insignias, y debe llevar las banderas de la sangre y la cruz de Cristo ante las falanges de la milicia eclesiástica que lo siguen. Esto lo figuraba el profeta Zacarías cuando decía: «En aquel día será lo que está sobre el freno del caballo, santo al Señor (Zac. XIV).» Pero antes del advenimiento del Salvador, ¿qué era el género humano, sino como un caballo sin freno, que por todas partes la libertad desenfadada arrastraba por los campos de sus placeres? Pero nuestro Redentor le aplicó un freno cuando le presentó el santo Evangelio, por el cual ciertamente se reprimen todos los vicios de la lascivia desenfadada. Sobre este freno, sin embargo, se coloca la cruz del Señor, porque todos los preceptos del santo Evangelio respiran cruz y nos invitan a llevar la cruz después de Cristo.

CAPÍTULO III. Que al sacerdote le debe ser evitada incluso la más mínima sospecha de crimen.

Esto mismo lo significaba también aquella lámina de oro que el sumo sacerdote llevaba en la cabeza para gloria y adorno, en la cual estaba inscrito el nombre del Señor en tetragrama (Éxodo XXVIII). Así como había cuatro letras allí, así también hay cuatro son los brazos de la cruz que abarcan las partes del mundo dividido en cuatro. Esta lámina la llevaba el sacerdote para gloria y adorno; porque también el Apóstol dice: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal. VI).» Por lo tanto, el sacerdote lleva la lámina de oro en la cabeza, para que medite continuamente en la cruz de Cristo. También debe aplicar el santo del Señor al freno de su caballo, para que crucifique su carne con sus vicios y concupiscencias. Entonces el sacerdote lleva la lámina de oro en la cabeza, y el santo del Señor al freno del caballo; cuando dirige la mirada de su mente a la cruz de Cristo, y refrena su cuerpo como un caballo feroz de toda libertad de los vicios lascivientes. Por esto ciertamente se escribió el doble misterio de llevar la cruz, porque tanto Elías (IV Reyes II), como Juan el Bautista llevaban cinturones de piel alrededor de sus lomos (Mateo III). De nuestro Salvador, sin embargo, Juan en el Apocalipsis dice: «Porque tenía un cinturón de oro alrededor de sus pechos (Apoc. I).» Es evidente, sin embargo, que entre ambos pechos se encuentra el corazón del hombre. Por eso la esposa dice en el Cantar de los Cantares: «Mi amado se quedará entre mis pechos (Cantar. I);» es decir, descansará continuamente en mi corazón. ¿Qué es, entonces, ceñir los lomos con cinturones de piel, que

ciertamente se hacen de animales muertos, sino refrenar por todas partes todos los movimientos ilícitos y las incitaciones de las pasiones carnales mediante la aflicción del cuerpo? ¿Y qué es tener un cinturón de oro alrededor de los pechos; sino vigilar siempre con una custodia solícita contra las fantasías importunas de las cogitaciones que se presentan? Por lo tanto, ceñimos los lomos con un cinturón de piel cuando reprimimos la lascivia de la carne mediante la continencia del ayuno. Tenemos un cinturón de oro alrededor de los pechos cuando luchamos en un combate infatigable contra los ataques de las cogitaciones que nos asaltan. Entonces se hará lo que sigue allí; porque tan pronto como el profeta predijo que el santo del Señor estaría sobre el freno del caballo, inmediatamente añadió: «Y las ollas en la casa del Señor serán como las copas delante del altar, y toda olla en Jerusalén y en Judá será santificada al Señor de los ejércitos (Zac. XIV).» Claramente, el Señor ordenaba que las ollas se convirtieran en copas; y que se tuviera un cinturón de oro alrededor de los pechos, cuando decía en el Evangelio: «Guardaos de que vuestros corazones se carguen de glotonería y embriaguez, y de las preocupaciones de esta vida (Luc. XXI):» en la glotonería y embriaguez, las ollas; en las preocupaciones de esta vida, entiende que se debe tener un cinturón alrededor de los pechos. Claramente, las ollas eran los corazones de aquellos que suspiraban por los peces de Egipto, que, nauseando el maná, tenían hambre de melones, anhelaban cebollas y ajos. ¿No eran ollas aquellos que clamaban fervientemente que «nos sentábamos junto a las ollas de carne?» (Num. XI.) Porque esos corazones son ollas, en los cuales reina la glotonería, y por el ardor de la codicia se cuecen los alimentos y la abundancia de diversos manjares. Pero estas ollas se convierten en copas, y están delante del altar, y son santificadas al Señor, cuando el Santo del Señor se coloca sobre el freno del caballo, cuando, en definitiva, se aplica un cinturón de oro a los pechos interiores. Entonces, ciertamente, las ollas y las ollas de carne se convierten en copas de oro, ciertamente llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos (Apoc. V). Y estas copas se colocan delante del altar, que antes, cuando eran ollas, más bien se revolvían en el vapor de la cocina.

Entonces, la mente del sacerdote es una copa de oro, y llena de perfumes de aromas espirituales, cuando está vigilante e intencionada en oraciones y obras piadosas. Y esta copa se dice que está delante del altar, porque no cesa de ofrecer a Dios como sacrificio todo lo que piensa. Y entonces esta olla está santificada al Señor, y por eso la gracia de la consagración, que él mismo ha recibido internamente del don del sumo dador, ya con razón la transfiere a otros mediante la imposición de manos. Pero yo, como quien habla, olvidado, mientras prolongaba el discurso, excedo el límite de la brevedad epistolar. Por lo tanto, ya que estas cosas sean suficientes, solo que, como comencé con la bendición, concluya la palabra en bendición.

Que la diestra de Dios, venerable padre, te llene de sus bendiciones; y con el rebaño que te acompaña, te introduzca en los reinos celestiales.

Sea bendito el nombre del Señor.